



PONTIFICIA
**UNIVERSIDAD
CATÓLICA**
DEL PERÚ

ESTUDIOS GENERALES LETRAS
INAUGURACIÓN DEL AÑO
ACADÉMICO
2011

LECCIÓN INAUGURAL

*Universidad y política en la sociedad
peruana actual*

Dr. Henry Pease

La universidad, su misión. La Universidad Católica

Por error, ingresé a la antigua Facultad de Ciencias Económicas. Quería estudiar Economía, pero allí formaban básicamente contadores públicos. Tuve que esperar tres años a que se abriera la Facultad de Ciencias Sociales y entonces ingresé a Ciencia Política. Un recordado profesor de Historia del Arte que me enseñaba el curso de Metodología en mi primer año me sugirió como tema Misión de la universidad. También secretario del Padre Mac Gregor, S. J., Pepe Chichizola, tempranamente fallecido, me prestó libros, y me hizo pensar y escribir hasta que me fui enamorando de la problemática de la universidad.

Entender que la universidad no solo suponía asistir a clases y rendir exámenes fue fácil. Comprender que en ella hay que estudiar, debatir y opinar sobre los más diversos temas, y pensar siempre los problemas del país para discutirlos, y ofrecer diagnósticos y salidas moduló mi vocación por las Ciencias Sociales. Pero esto iba de la mano con la convicción de que la universidad solo puede dar una formación integral si hace política, es decir, si se ocupa de pensar la polis y dice lo que piensa de lo que pasa en la polis.

No tiene sentido para mí formar estudiantes que simplemente buscan un cartón y un sueldo. Eso es necesario, pero esos profesionales serán una columna vertebral del Perú de mañana; de ellos dependerá lo que cambie y lo que se mantenga. Tiene sentido, pues, realizar el esfuerzo de una formación integral y esta incluye ciencias, letras y artes pero también la formación política y la comprensión de los problemas del Perú. Amar al Perú es conocerlo, pensarlo y luchar por algún ideal o servicio en que nuestras capacidades sirvan en algún sentido a los demás.

La universidad es todo eso respetando los rigores de las ciencias y de las artes, y sus pautas propias de avance académico. Pero esta es una universidad católica y, por tanto, ese amor al Perú y el proyecto de cada uno adquieren rostros humanos concretos por el mandato de amor al prójimo, que es la medida del amor a Dios. Nuestra universidad no exige a nadie esta confesión, y respeta todas las religiones y creencias. Respeta las diferencias, pero propicia el compromiso con la persona de Jesús, que es la mejor manera de entender el cristianismo. Sé que en este tema hay diversas posiciones incluso dentro de mi Iglesia y las respeto, pero en la PUCP respiramos un ambiente de libertad que es esencial para construir universidad y, a la vez, muestra un cristianismo ajeno a la intolerancia y, por eso mismo, capaz de dialogar con todos. Por eso les expreso lo que pienso y siento.

Yo he avanzado en mi opción de cristiano y católico en esta universidad. La relación con quienes no creen o con quienes tienen otras opciones ha enriquecido mi fe y mi práctica cristiana; por eso, doy testimonio ante ustedes del valor que tiene y ha tenido

para mí la PUCP en esta dimensión. Lo hago en momentos difíciles, cuando el Arzobispo de Lima ejerce todo su poder político contra la PUCP y, partiendo de reclamar en juicio una herencia importante pero que no es toda la universidad, pretende restringir o interferir en nuestra autonomía universitaria. Se vienen días difíciles, sobre todo si una de las opciones presentes en las próximas elecciones llega al gobierno. Así como desfiguraron el rol del Tribunal Constitucional usando apreciaciones de su sentencia que en una acción de amparo son irrelevantes para esta e invaden el fuero de la justicia civil, nos esperarían otras acciones en las que se sumaría el poder de la derecha neoconservadora con el poder del cardenal que nos enfrenta no en el campo pastoral –en que nadie desconoce su autoridad– sino en la vida académica y administrativa de la universidad.

Mi aprendizaje en la dirigencia estudiantil: la FEPUC

Mi idea de universidad se formó en la dirigencia estudiantil y comenzó vinculándome otra vez con las entonces barriadas, luego llamadas pueblos jóvenes y hoy la parte más dinámica y floreciente de Lima Metropolitana. Ya en el colegio mis maestros jesuitas enfatizaban el compromiso y el servicio dirigido a estas y otras partes del Perú. Augusto Vargas Alzamora S. J., que años después fue arzobispo de Lima y cardenal, me llevó a Primero de Mayo, El Ermitaño y Comas en trabajos de catequesis que dejaban en nosotros muchas preguntas por la situación que veíamos. Ya en la universidad propuse a Jaime Montoya, entonces Presidente de la FEPUC, hacer una campaña de alfabetización en 1962 aprovechando una campaña nacional que tuvo mucho éxito. Juntos fuimos a pedir apoyo al rector, el padre Mac Gregor, quien nos dio 10 mil soles de entonces que fueron la base para un trabajo en siete escuelas dispersas por el distrito de Comas, sin luz y con lámparas Petromax que llevábamos a la mayoría de ellas. Fueron alfabetizados 200 peruanos adultas y adultos. Participaron 137 estudiantes de la PUCP en la enseñanza y en varias tareas colaterales como los consultorios jurídicos gratuitos y algunas iniciativas de desarrollo comunal. Este programa se repitió tres años y, casi a la vez, bajo la dirección de los profesores Máximo Vega Centeno y Violeta Sara Laffosse, se iniciaron los campamentos de trabajo en comunidades campesinas durante el verano.

Menciono en detalle esta experiencia porque nos marcó al ponernos cara a cara con la realidad social con toda su crudeza. Han pasado muchos años y cada vez que me encuentro con esos estudiantes de ayer compruebo que esa experiencia fue fundamental para sus opciones –diversas– de servicio y lucha por una sociedad mejor. En la formación integral del estudiante de los primeros años, este contacto con la realidad es tan o más importante que lo que verá en los libros.

Durante esos años en la FEPUC ocupé muchos cargos; incluso un año fui su presidente. Cada año organizábamos una convención de dos días para discutir temas de reforma universitaria. Nos acompañaron e inspiraron varios profesores. Dos siguen con nosotros: César Delgado y Rogelio Llerena. Otros ya son profesores eméritos como Gustavo Gutiérrez, Máximo Vega Centeno y Violeta Sara Lafosse, pero hay más nombres que no

tengo a la mano. Uno acaba de partir; de él aprendí mucho aunque nunca estuve en sus cursos: el inolvidable Luis Jaime Cisneros, que fue clave cuando, tras el Claustro Pleno, se construyó Estudios Generales Letras.

Desde la FEPUC reclamábamos “participación estudiantil en el gobierno de la universidad” y realizamos un paro cuando se nos negó una fórmula mínima. Me costó una amonestación pública. Después la ley la impuso, pero en otro campo habíamos ganado los estudiantes porque las autoridades comprendieron y dialogaron: se trata las pensiones escalonadas, que han marcado lo que es hoy nuestra universidad. Allí participé, pero el liderazgo lo tuvo mi inolvidable amigo Armando Zolezzi, ya fallecido, quien fue luego profesor y decano de Derecho.

Debo recordar un hecho anecdótico que muestra lo que hacíamos en la FEPUC y la estupidez de la policía de investigaciones. A principios de 1966, allanaron el local de la FEPUC buscando al presidente de la Federación Universitaria de San Marcos, quien era perseguido por la policía y ‘asilado’ en San Marcos por el rector Luis Alberto Sánchez. Como tenían que justificar el atropello, se llevaron dos documentos que dijeron eran subversivos: el proyecto de Estudios Generales de San Marcos, que estudiábamos para nuestra Convención anual, y el documento pastoral “Política deber cristiano” del cardenal arzobispo de Lima Juan Landázuri.

Por mucho tiempo, los que gobiernan y los poderosos han querido impedir que los estudiantes se formen integralmente, es decir, que sean ciudadanos informados y formados para actuar en política como tales. Pero también es cierto que, en muchas universidades, se confundió política con lucha por el poder administrativo o académico en las universidades y eso hizo mucho daño. Sirvió para que otros, en nombre de la antipolítica, quieran que las universidades tengan dueño y solo esa sea la base del ejercicio institucional. En la PUCP todos somos aves de paso y la institucionalidad es democrática por mandato de la ley y voluntad de los que la integramos.

En la política contingente municipal y nacional

Fue breve mi paso por la juventud demócrata cristiana, pues me inscribí recién en 1966, cuando terminé la presidencia de la FEPUC, y el partido implosionó entre 1968 y 1970. Resalto el cuidado que poníamos de no mezclar política partidaria y política universitaria. La década del 70 fue para mí el tiempo de iniciar mi trabajo docente y centrar mi cabeza en la investigación sobre el gobierno militar a la vez que, dirigiendo DESCO, me vinculaba a proyectos de promoción social en pueblos jóvenes y organizaciones sindicales en la ciudad de Lima, y en el agro de Chancay-Huaral, valle del Santa, Huancavelica, y Pacaraos y Pirca, en la sierra de Lima. En los 80 ingresé a la escena política como teniente alcalde de Lima con Alfonso Barrantes, experiencia intensa y muy rica en trabajo y conocimientos que traté siempre de compartir con mis alumnos en clase.

La actividad partidaria es una dimensión esencial de la política democrática, mal considerada entre nosotros por el peso del caudillismo y el largo historial de crisis en los partidos. Relato varias experiencias porque me interesa proponer la temática que se debe asumir en las organizaciones políticas para el ejercicio pleno de la ciudadanía.

Participé en Izquierda Unida desde 1982 hasta 1990. Era una alianza electoral de ocho partidos que entraban prácticamente por primera vez a la vida democrática. El liderazgo de Alfonso Barrantes ancló en la vida democrática y electoral a una izquierda que venía de la lucha sindical y en la que casi todos proclamaban que la lucha armada era indispensable para tomar el poder. Sin embargo, este escenario ingresaba dichos partidos al régimen democrático aunque sus opositores dijeran lo contrario, más aun cuando la aparición de Sendero Luminoso y el MRTA obligó a deslindar con el terrorismo. Siempre en mis clases de los 70 tuve que deslindar con la lucha armada que proponían varios alumnos dogmáticamente. Alguno me llegó a gritar “eres un socialdemócrata”, como si con eso me insultara, cuando yo reiteraba que “el camino condiciona la resultante” y que no se construye un régimen democrático por la fuerza de las armas.

Básicamente por eso no me integré a ningún partido de la izquierda pero la alianza Izquierda Unida era un campo amplio y su programa era para las elecciones. Allí fui independiente o no partidario por las razones expuestas. Pero, cuando comenzó la crisis y se acercaba el rompimiento propuse, entre otros, que se organizara un congreso nacional bajo el principio de un militante-un voto. Me encargaron organizarlo y se inscribieron 150 000 ciudadanos, más de cien mil de los cuales no tenían partido. Sin embargo, Barrantes no fue al Congreso de Huampaní, en el que hubiera podido negociar con otra base el frente de partidos e independientes. Cuando Barrantes se inscribió en el Jurado Nacional de Elecciones con dos de los partidos, sellando la ruptura, yo tuve que sacar la cara por esa izquierda que se quedaba sin líder y fui su candidato presidencial en 1990 sabiendo que era imposible ganar pero que no se podía dejar sin representación a tanta gente que habíamos organizado. Más de medio millón de votos y el 7% de la votación neta se lograron sin tener recursos siquiera para un spot de televisión. Pero el esfuerzo quedó allí, pues tras las elecciones se fue derrumbando la alianza electoral.

Para construir partidos hay que sumar diferentes pero darles un rumbo claro. No avanzamos si no se aseguran mecanismos de democracia interna y una relación abierta con las demás fuerzas políticas. Necesitamos reflexionar sobre los partidos como asociaciones de ciudadanos y reglas necesarias para que no sean simple proyección del caudillismo; no obstante, hay también que superar las corrientes antipartido presentes en la cultura política, pues no proponen alternativa alguna.

Lo que rescato de esta etapa en relación con la universidad es que nunca trasladamos la contingencia política a nuestra casa aunque sí debatimos muchas veces aquí. Hay que reflexionar sobre nuevas maneras de construir organización política, pero los partidos

siempre serán una asociación de ciudadanos que se organizan para llegar al poder y en la universidad deben respetar la distinción de planos y ámbitos.

Tras esa experiencia, organizamos, con varios colegas de aquí y con mujeres de la talla de nuestra inolvidable María Elena Moyano y Gloria Helfer, primero el MAS y, luego, el Movimiento Democrático de Izquierda, que es el que me llevó al Congreso Constituyente. Yo no fui a ese congreso a hacer una constitución sino a combatir al autócrata, y mi principal logro fue imponer en el Congreso el debate del crimen de La Cantuta y forzar a la mayoría a formar la comisión investigadora con mayoría de la oposición democrática. Fue el inicio del arduo camino para encarcelar al titular de ese gobierno mafioso. Por ese mismo combate, tras lanzar la candidatura de Javier Pérez de Cuellar, el MDI se integró a la UPP, lo que produjo que se perdiera su inscripción. Fue el costo de la lucha por la democracia que, ya en 1995, debió integrar a todos los demócratas.

La Comisión de la Verdad y Reconciliación presidida por Salomón Lerner, entonces rector y hoy rector emérito de nuestra casa, muestra un trabajo de mucha calidad y, si bien formalmente se distinguen los planos, ha ayudado reconstruir la verdad aunque los responsables y sus aliados la nieguen. Este trabajo es distinto de la práctica política partidaria y constituye un aporte significativo a nuestra vida política. La democracia se construye con la memoria de lo ocurrido y varios profesores de nuestra universidad han sido claves en ese esfuerzo que pongo como ejemplo de la función política ineludible en la universidad.

Siempre la política la haremos los ciudadanos, profesores o alumnos. Pongo estos ejemplos contingentes que se hicieron desde distinto ángulo haciendo ver que es inevitable la contraposición de posiciones pero que dándose eso no deben interferir con la vida académica sino, más bien, alimentarla con las experiencias de la práctica política.

En los últimos días, tuve una experiencia alentadora. Los estudiantes de Ciencia Política asociados en Politai invitaron al presidente Toledo. La víspera algunos jóvenes promotores de Pedro Pablo Kuczynski proponían en Twitter pifiadas y actitudes similares cuando aquel llegara. Pregunté a los organizadores por llamada de ese partido y me respondieron con seguridad: “No, eso no se hace en la universidad; aquí se respeta a todos.” Los mismos estudiantes respondieron a los ‘twitteros’ y, así, han venido varios candidatos presidenciales a presentar sus ideas con el respeto de todos.

Estudios Generales Letras

Comencé a enseñar en Estudios Generales y ahora lo hago en la licenciatura, en la maestría y en el doctorado de Ciencia Política. No he dejado de enseñar el curso de Realidad Social Peruana ningún semestre pero ahora lo comparto con una profesora más joven, ya que me descargan dos horas por ejercer la dirección de la Escuela de Gobierno

y Políticas Públicas. Fui candidato al Congreso, pero no he salido elegido, así que me seguirán soportando ustedes, salvo que se enfurezcan y me saquen.

Hablar de Estudios Generales Letras es recordar nuestras propuestas en las convenciones de estudiantes de la FEPUC de los 60; es recordar a los profesores mencionados y al famoso Claustro Pleno que paralizó la Facultad de Letras cuando yo ya no era dirigente estudiantil y estaba egresando de la PUCP. Aquí se formaron mis dos hijas: una –María Elena– es profesora en la UPC y la otra –Nani– lo es aquí, en Psicología. Aquí se formaron las dos hijas de mi recordado hermano Franklin, profesor de esta casa hasta su fallecimiento. Hoy estudia en EE. GG. LL. su nieto mayor Santiago Delgado y aquí se formó el hijo de mi hermano Jaime. Aquí se formó mi nieto mayor, Mijail Mitrovic, con quien hace poco evaluaba su paso por estas aulas y cómo la diversidad de cursos convirtió a un músico y poeta en un serio y brillante estudiante de Antropología. En mi familia, veo los frutos de Estudios Generales Letras y espero mucho más.

Estoy orgulloso de mi curso –Realidad Social Peruana–, que celebra 40 años de continuidad, siempre adaptándose a lo que sucede en nuestro Perú. Creo que contribuye a la formación política y cívica de los alumnos, y veo en ellos, en los actuales y en los de ayer, preguntas acuciosas e ilusión frente a los temas. Son las clases en las que mejor me siento incluso en momentos tan difíciles como los que he vivido en la última campaña electoral. Discutir con ellos y conversar tras la clase me alienta y me hace pensar en lo mucho que aún tenemos que aprender los profesores para comprenderlos y orientarlos mejor, pues tienen un universo de oportunidades cada vez más amplio en sus manos.